



SEXTO DOMINGO DE PASCUA

“Ámense los unos a los otros como yo los he amado”

Luis Fernando Crespo

No olvides leer los Textos Bíblicos antes del Comentario

Lecturas: Hechos 10,25-26.30-35.44-48; 1Juan 4,7-10; Juan 15,9-17

Durante el tiempo de Pascua continuamos leyendo los mismos escritos del Nuevo Testamento, lo que nos va permitiendo tener una más profunda inteligencia de cómo el Espíritu del Resucitado abre caminos imprevistos al anuncio del evangelio, así como de la centralidad del amor de Dios en la experiencia cristiana y de la intensidad de la relación que Jesús establece con sus discípulos.

La lectura correspondiente de Hechos 10 nos conduce a los primeros tiempos en que el evangelio llega al mundo pagano, no judío, a través de una revelación del Espíritu que conduce a Pedro a la casa de Cornelio, centurión romano. Dos momentos importantes: “Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato”. A Pedro, como a la mayoría de la comunidad de Jerusalén, le costó hacer ese reconocimiento, que significaba superar una mentalidad de privilegio ante Dios del pueblo judío respecto de los otras naciones y religiones. Un segundo momento: el Espíritu se adelanta a las formalidades y requisitos, que tanto nos gusta establecer a los humanos: “¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a estos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?”. No podemos perder esta sana libertad, como la del apóstol Pedro, basada en el reconocimiento y atención a la presencia y acción del Espíritu en la comunidad eclesial, que nos permitiría una acogida más abierta y confiada a situaciones nuevas no previstas en el Derecho canónico.

* Ciclo B.

El texto del evangelio es continuación del leído el domingo pasado. Jesús plantea de manera muy directa y franca, sin necesidad ya de recurrir a imágenes como la de la vid y los sarmientos, la íntima y profunda relación que le une a los discípulos y a los discípulos con él: “Como el Padre me amó, yo también los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor”. Constituye una gran confianza en la que Jesús revela su intimidad: su experiencia filial, su ser amado por el Padre –“como el Padre me amó”- es lo más hondo de su conciencia, desde donde se abre a la relación con los discípulos: “yo los he amado a ustedes”. Acoger ese amor de Jesús: “permanezcan en mi amor”, reconocerse y sentirse amados, resulta constitutivo para la experiencia del discipulado y para la vida de esta peculiar comunidad compuesta de hombres y de mujeres que tratan de vivir como sus discípulas y discípulos. Antes de pretender asumir las exigencias del seguimiento de Jesús, es preciso reconocer y sentir el gozo de ser y saberse amados. Y no con cualquier amor, sino con este amor que procede del mismo corazón del Padre. “Permanezcan en mi amor” no siempre es experiencia fácil de asumir, ni de expresar. ¿Cómo decir al que sufre: Jesús te ama, permanece en su amor?

Hay que seguir leyendo: “si guardan mis mandamientos” y de manera más precisa “el mandamiento mío: que se amen los unos a los otros como yo los he amado”. Es como una secuencia en cascada: “como el Padre me amó, yo los he amado... Como yo los he amado, ámense los unos a los otros”. Esa es la novedad y peculiaridad del mandamiento “mío”. La exigencia del amor fraterno viene de la gracia -don gratuito- del ser amados por el Padre en Jesús.

Jesús sigue explicando la calidad e intensidad de su amor: “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”. Él sabe de lo que está hablando y también sus discípulos. Su vida había sido un vivir para los demás, en cercanía, compasión y solidaridad efectiva: curaciones, acogida de despreciados y pecadores, compartir el pan con la muchedumbre, arriesgar su vida y su nombre para defender la dignidad de mujeres y niños, denunciar una religión de ritos y reclamar una adoración en espíritu y en verdad... Este amor, demostrado en esa entrega cotidiana, eleva a los discípulos a la categoría de “amigos”, personas a las que ama y por las que da su vida: “Ustedes son mis amigos”, ya sin secretos para ustedes, “porque todo lo que he oído a mi Padre se lo he dado a conocer”. Pienso que aquellos discípulos debieron sentirse abrumados aquella noche ante tan hondas confianzas del Maestro. También nosotros, si es que meditamos en serio el contenido de estas palabras. Ser cristianos es mucho más que aceptar una doctrina religiosa o unas propuestas morales; es aceptar y corresponder a una amistad recíproca con Jesús, permanecer en su amor e intentar amar como él nos amó, aprendiendo de él a vivir para los demás. Y, si es “como yo los he amado”, “los demás” no se agota en la comunidad cristiana, sino que mira más allá de ella, alcanza a todas las personas sin discriminación, como “el Hijo del hombre, que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por los muchos” (Mc.10,45), es decir por todos.

Es una propuesta que no surge de nuestra generosidad, sino de la vocación a la que gratuitamente hemos sido llamados: “yo los he elegido a ustedes y los he destinado para que vayan y den fruto”. Y el fruto no es otro que una vida entregada por amor y con amor al servicio de los demás. La formulación de la propuesta suena demasiado bonita. La concreción en cada situación personal y en cada momento histórico po-

siblemente resultará más complicada y desafiante. Hoy el momento no es fácil, los desafíos para afrontar las consecuencias de la pandemia en las condiciones de vida de la gente y, por otra parte, la incertidumbre del proceso electoral en el que estamos involucrados, hacen particularmente difícil esa concreción. Pero, como aconseja la carta a los Efesios: “miren bien cómo viven, no sean necios sino sabios, aprovechando bien la ocasión, porque los días son malos” (Ef. 5,15-16). La comunidad cristiana está llamada a ser el lugar donde conviene discernir, y encontrar aliento y acompañamiento para esa concreción.

El texto de la carta de Juan está en plena sintonía con lo recibido de Jesús en el evangelio, y ahonda en la fundamentación teológica del “amémonos unos a otros”. En sentido positivo: “el amor es de Dios y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” y en sentido negativo: “quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor”. Estamos llamados a amar porque primero hemos sido amados. Nacemos marcados por el amor de Dios y capacitados para amar. Pero es terrible constatar que muchas personas nacen y viven en condiciones tales de pobreza y abandono que les resulta tan difícil entender y experimentar que son amadas por el Padre. Jesús vino para hacernos descubrir este amor de Dios por los últimos, pero sus discípulos a lo largo del tiempo no hemos sido capaces de facilitar esa tarea. Por eso es bueno y urgente darse un espacio en la semana para escuchar y concretar en este tiempo de Pascua las palabras de Jesús que machaconamente insisten en “ámense unos a otros como yo los he amado”.